

Teniendo como meta la razón, todo debe ajustarse a ella, y por eso, como en las operaciones aritméticas, se establecen reglas inmutables para resolver los problemas poéticos. Siguiendo el *Art poétique* de Boileau, Luzán establece en España su *Poética*, que en un principio tituló muy significativamente «*Razonamientos*» sobre la Poesía. La Razón siempre presente, porque el silogismo parecía perfecto: si la Razón es Verdad y la Verdad Belleza, entonces Razón es igual a Belleza: «No puede ser bello lo que no sea razonable». Y el raciocinio sustituyó a la pasión creadora, porque había que cuidar el buen gusto y huir de cualquier extremismo revolucionario de los artistas y sobre todo del de los poetas.

Y desgraciadamente España estaba sola a merced, en ésto también, de Francia. Nuestro tradicional alejamiento de las culturas alemana e inglesa nos impide conocer otros mundos poéticos que hubieran podido salvar el estéril panorama que sobreviene al querer poner cortapisas al ingenio español. En Alemania empiezan a surgir las obras de Klopstock (1748), Kleist (1749) y Goethe (1744), y en Inglaterra los *Pensamientos nocturnos* de Young (1741) y el apócrifo *Ossiam* de Macpherson (1760). Otros mundos poéticos insospechados por los españoles empiezan a brotar en el mundo, mientras nosotros seguimos empeñados en imitar fielmente el espíritu enciclopedista francés con el *Diario de los Literatos*, la *Poética* de Luzán y la *Retórica* de Mayans y Siscar, que dictaban la moda oficial sobre la poesía de su tiempo. De nada sirven los intentos de volver la vista a nuestro pasado glorioso, a nuestra vena lírica tradicional, que se revelan en la publicación del *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia y otras obras sobre los orígenes de la poesía española de Velázquez, López de Sedano, Sarmiento y Tomás Antonio Sánchez. Todos éstos no parecían ejemplos a seguir, sino tratados eruditos, arqueológicos, que sólo había que contemplar, protegidos los visitantes (no el objeto expuesto) por el cristal de la vitrina del hipotético Museo de la Poesía Española.

Este negro panorama, esta actitud suicida, tiene finalmente que suscitar las protestas airadas de algunas mentes privilegiadas del momento. La visión más pesimista es la de Juan Pablo Forner en sus *Exequias de la lengua castellana* (1782), donde parece que toda la Literatura, y por tanto la Poesía española, han muerto. Leopoldo Augusto Cueto decía en 1869 en su *Bosquejo historicocrítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*: «¿Qué ha de ser una poesía donde no hay ni pasión, ni verdad, ni fantasía; donde no palpita la